

## 5. Incumplimiento del fin: pecado.

Dios hace con Adán su primera alianza, y cuando se rompió anunció la segunda: “tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo” (Jn 3,16): “secundus homo de coelo-coelestis” (1 Cor 15,45-49; Rom 5,11-16). El motivo de la acción divina es el amor, que “es benigno” (1 Cor 13,4), el amor crea el bien (sigo ahora a Wojtyła), “y vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho” (Gen 1,31), y Dios conserva las cosas en el bien en una continua creación que es la providencia.

1. **Adán y Eva** escuchan del demonio aquel «seréis como dioses» (Gen 3,5). El siervo de Dios Álvaro del Portillo explicaba lo que de algún modo había dicho también Romano Guardini: que la edad moderna dejó de orbitar en torno a Dios y se volvió en un movimiento sólo rotativo: el engaño de dejarse llevar por el círculo del yo, en lugar del círculo de Dios. Los “ismos” ideológicos del siglo XIX (racionalismo, idealismo, empirismo...) siguen en el siglo XX: hedonismo, estructuralismo (más temible que el agnosticismo y el positivismo) y en el relativismo del siglo XXI, la gran plaga actual, que ha hecho pasar “la muerte de Dios” (que no existe en el pensamiento moderno) a una “muerte del hombre”, que ya no sabe quién es. Además, la impresionante velocidad del progreso humano hace que en 10 años haya más cambios que en los 100 anteriores... el hombre “ha sometido la tierra” (Gen 1,28; Sal 8,6-7) de un modo nunca imaginado, pero el hombre no llega hasta el fondo, no se pregunta por las grandes cuestiones o, si lo hace no llega a las respuestas (como Nietzsche y Schopenhauer en filosofía, Woody Allen siguiendo a Dreyer y Bergman en cine, etc.). “¿Acaso el conocimiento humano ha echado a andar por un camino –un camino secundario- y ha dejado a un lado las rutas principales?”, se planteaba Wojtyła, y contaba como un físico le decía que era ateo en cuanto científico, y luego le escribió: “siempre que me encuentro ante la majestad de la naturaleza, de las montañas, ¡siento que Él existe!”, como siguiendo lo que dice Sab (13,3-4): “es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas. Y si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador...” distinguiendo entre ciencia y sabiduría, son necios los que no están abiertos a la trascendencia en cuanto a la sabiduría aunque tengan mucha ciencia en su campo, pues la sabiduría busca las verdades últimas, íntimas, y no está desligada de la moral (cf. Sal 111/110,10; 1 Cor 8,1). Cuando no hay un dios personal, se diviniza la materia (cf. Sab 13,2) y el materialismo moderno ha vuelto al antiguo pecado de divinizar las fuerzas naturales por el nuevo camino que el idealismo hegeliano ha abierto, pero también han desaparecido las discusiones sobre el carácter absoluto de la materia. Ahora se va a lo casual, que es algo parecido a la magia... pero nuestro ser sigue siendo contingente, y hace referencia a un absoluto al igual como las cosas creadas requieren un creador o lo que se mueve un primer motor. Siguiendo las vías tomasianas, el Absoluto es un Ser necesario en el sentido de *Ipsium Esse subsistens*. Esto sigue presente a pesar de la fenomenología y existencialismo, pero se ve a Dios como un “‘Tú’ divino que permite que el ‘yo’ humano se constituya”, dice Wojtyła (siguiendo a Jaworski), y cuenta de un soldado ruso que nunca había oído otra cosa en 1945 que “no existe Dios” y sin embargo él afirmaba: “pero yo siempre supe que Dios existe... y ahora querría aprender algo sobre Él”: “el hombre se supera a sí mismo, el hombre debe superarse a sí mismo. El drama del humanismo ateo consiste en despojar al hombre de este su carácter trascendental, en destruir su definitiva significación personal. El hombre se supera tendiendo hacia Dios y de este modo supera también los límites que le imponen las criaturas, el espacio y el tiempo, su propia contingencia” (dice siguiendo a De Lubac). De algún modo todos buscan ese Dios, en su deseo de infinitud... aparece un silencio de Dios, como testimonió san Juan de la Cruz: “para venir a lo que no sabes, / has de ir por donde no sabes; / para venir a lo que no posees, / has de ir por donde no posees; / para venir a lo que no eres, / has de ir por donde no eres” (Subida al monte Carmelo; cf. Gaudium et spes 41). Tomo prestadas las siguientes notas: La elección divina nos pone en camino y nos asegura el fin, pero hay que recorrer el trayecto. La santidad y el amor pleno son al final. Esto significa que hay que luchar. Si algo no tenemos que ser es ingenuos. Todos arrastramos pasiones. Por eso hay que saber que habrá

que luchar toda la vida y que en esa perseverancia está la santidad y la victoria. Los que empiezan a veces te dicen impacientes: aún no lo hago todo... el valor de la paciencia...

Nuestro destino en la tierra es “luchar por amor hasta el último instante”. “La vida del hombre sobre la tierra es milicia”, decía el santo Job. “Imaginen ustedes la escena —decía pausadamente Fred Smith, al inicio de una conferencia en Tennessee (USA) hace unos años. Sitúense en la sabana africana, a orillas del lago Victoria, por ejemplo. Una gacela se despierta por la mañana, con la salida del sol, y piensa: "hoy tengo que correr más que el más rápido de los leones, si no quiero acabar devorada por uno de ellos". A pocos kilómetros de allí, se despierta también un león e inicia su día pensando: "si no quiero morir de hambre, hoy tengo que correr al menos un poco más que la más lenta de las gacelas." Smith hace una pausa más larga y, dirigiéndose al auditorio, concluye: “No sé si el papel de cada uno de ustedes en su vida es hoy de león o de gacela. Pero, en cualquier caso, por favor, ¡corran!”». Esto se aplica a la competencia en los mercados financieros, pero podemos aplicarlo a la lucha interior. En la vida espiritual también pasa, dentro del ambiente agresivo —materialista, hedonista- en el que vivimos, que el que no come es comido; la vida supone un reto permanente, que exige un esfuerzo y una exigencia constantes. El león pelea por alcanzar un objetivo, la gacela intenta evitar un desastre. La vida no es correr continuamente, pero sí que es importante correr por dentro en la lucha interior, que no está tanto en hacer cosas como en capacidad de estar centrados en lo importante, centrar nuestra vida en principios y valores acertados; también decía S. Tamaro que la vida no es construir sino sembrar, con paciencia la buena simiente... aunque hay también quien dentro de nosotros siembra una inclinación al mal, al pecado. El pecado es el único mal. En la tierra sólo hay un mal que temer y evitar con la gracia divina: el pecado. El mal no se vence tapiándolo, pues se pudre e infecta todo, no con el disimulo ni obviándolo con tabúes y resentimientos, justificaciones y mentiras, sino combatiéndolo: ahogándolo con abundancia de bien, el bien vence al mal, nos dice el Evangelio como nos recordó Juan Pablo II en su último libro, el mal hay que desterrarlo a base de llenar el mundo de bien.

El pecado es la ofensa a Dios y casi siempre es también a la vez una ofensa a nosotros mismos o a los demás. Quizá cuesta entender el mal como una “ofensa al honor de Dios”, pues se puede entender un Dios celoso de su honor, que se siente “ofendido”. Además, nos dirán: “¿cómo puede una pobre criatura finita e insignificante “tocar” el “honor” de un Dios infinito y omnipotente?” El pecado más bien es otra cosa. Dios no se puede “tocar” por la fuerza, pero es “vulnerable” por el amor. Dios nos ama, el hombre cuando peca contra Dios, con la blasfemia por ejemplo, tira con el arma contra el cielo pero no toca Dios, el proyectil cae sobre él, y se hace daño, como hemos visto antes al hablar de la ley natural. Hay diversa malicia. ¿El pecado mortal nos separa totalmente de Dios, nos priva totalmente de la gracia? Si, pero no es Dios quien “castiga”, es el hombre que se mutila, rompe la imagen que Dios nos dio, la desfigura... Y eso a Dios le duele, pues como decía S. Ireneo la gloria de Dios es la salvación del hombre, su felicidad, y Dios sufre cuando el hombre se condena a sí mismo. Aunque Dios ha de respetar la libertad de la criatura, acudir inmediatamente a sugerirle los caminos de la confesión y el perdón: es muy difícil que la gracia pueda penetrar en un corazón altivo que no acepte la misericordia, que se crea perfecto, ahí no hay más remedio que esperar, que ese hijo “vuelva” a casa: “no tienen necesidad de médico los sanos (los que se creen sanos, diríamos), sino los enfermos. No he venido para salvar a los justos (los que se creen justos, que no aceptan ayuda) sino a los pecadores” (Lucas 5, 31-32). Palabras de Jesús que son reflejo de aquellas otras bíblicas de Yahvé: “yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”. El mal se presenta, con palabras resumidas en el salmo 2: “rompamos sus ataduras y arrojemos lejos de nosotros su yugo”, pero Dios responde siempre con amor: “no paró hasta dar a su hijo unigénito, como víctima de propiciación” por nuestros pecados. La *Gaudium et spes* señala que fue al comienzo de la historia el primer hombre a pecar con un “abuso de su libertad, levantándose contra Dios y anhelando conseguir su fin fuera de Dios.” Se ha dicho que el gran pecado de nuestro tiempo es la falta de sentido de pecado, o la

ignorancia, o la pérdida de Dios. En realidad son la misma cosa, olvidar que sin Dios la criatura se diluye. Puede ser por malicia o ignorancia que si no es culpable no tiene repercusión moral, pero esto no nos lleva a la inactividad sino a propagar el bien, pues el mal se da igual, el que toma un veneno se envenena, tanto si lo sabe como si no lo conoce. La gente fuera de la Verdad no es feliz. Juan Pablo II habló del tema en *Mulieris dignitatem* (n. 9): *el pecado es 1) abuso de la libertad creada para hacer el bien; 2) negación de Dios como creador y rechazar la felicidad en el fin sobrenatural; 3) ruptura de la unidad originaria del hombre con Dios, entre hombre y mujer, entre la persona y la naturaleza; 4) tiene una intervención diabólica, un engaño, fruto de la soberbia obstinada y libre; 5) es deformación, no semejanza con Dios; 6) produce dolor y muerte, fatiga en el trabajo, dolor... relaciones difíciles entre hombre y mujer (le dice a la mujer: “él te atraerá, y tú te someterás a él”); 7) la imagen del hombre es rebajada, y 8) su dignidad disminuye.* (Lo veremos seguidamente, en las tentaciones de Jesús y el análisis del primer pecado).

## **2. Las tentaciones de Jesús:**

Las 3 tentaciones son el resumen de todas las fuerzas del mal (que san Juan también expresa en dos elencos de 3 males, que también veremos), expresadas en los 7 pecados capitales. Lo pondremos en relación con las 3 fuerzas del bien, como la ruta de navegación para no escollar contra los icebergs de las tentaciones, que son los 3 medios que nos propone la Iglesia el miércoles de Ceniza. Al mismo tiempo, serán también relacionadas con las 3 virtudes teologales, que nos dan la libertad de los hijos de Dios. Juan Pablo II decía: «cada año, la Cuaresma nos propone un tiempo propicio para intensificar la oración y la penitencia, y para abrir el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina. Ella nos invita a recorrer un itinerario espiritual que nos prepara a revivir el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo, ante todo mediante la escucha asidua de la Palabra de Dios y la práctica más intensa de la mortificación, gracias a la cual podemos ayudar con mayor generosidad al prójimo necesitado». Jesús, al ser tentado, quiso enseñarnos cómo vivir también este aspecto de nuestra vida, pues quiere ser en todo como nosotros y experimentar nuestra vida que es la suya. «La causa de las tentaciones son las causas de las concupiscencias: el deleite de la carne, el afán de gloria y la ambición de poder», decía S. Tomás: Jesús quiere curarnos en la causa del mal, no sólo en los síntomas, y por eso nos ofrece esta vivencia suya.

Se encuadra así las tentaciones dentro del programa de Jesús, como preparación de la proclamación del Reino. Vamos a ver las grandes líneas del Adviento y Cuaresma, de la lucha del bien para vencer el mal en nuestra vida y el mundo, poniendo en relación las 3 tentaciones con las 3 fuerzas del mal y los 3 medios de salvación (y las 3 virtudes teologales). La preparación inmediata de Jesús ante su Misión tuvo lugar en la soledad del desierto y revistió la forma de una vida penitencial. Jesús es modelo de lo que debemos hacer nosotros en nuestras vidas (sigo aquí a M. A. de la Fuente): ¿Por qué quiso ser tentado? Para decirlos luego: confiad, que yo he vencido al mundo (Jn 16,33). “Conoce que fuiste tentado (en Él), dice Agustín, y reconoce que en Él fuiste vencedor”. También Israel había estado en el desierto: peregrinó por él durante cuarenta años guiado por Moisés, desde su salida de Egipto hasta su entrada en la tierra prometida. Durante ese largo tiempo fue tentado repetidamente por el diablo, y Dios puso a prueba su corazón. Pero Israel fue infiel a Dios y sucumbió ante la tentación: pecó de gula; pecó de desconfianza; pecó de idolatría. Jesús sale al desierto llevado por el Espíritu Santo; el Espíritu “lo empuja”, “lo impulsa” (ekbállei), dice San Marcos, “lo llevaba” (égeto) vierte en cambio San Lucas. Una tradición coloca estos hechos —con los que se abre el enfrentamiento entre Jesús y el Príncipe de este mundo— en Djebel-Qarantal, a cuatro kilómetros al noroeste de la actual Jericó. En el siglo IV, San Carilón fundó allí una laura para conmemorar el misterio de las tentaciones. De este modo tan singular Jesús repara las caídas de su pueblo y nos enseña a enfrentar nuestras propias tentaciones. Después de cuarenta días de ayuno, el demonio se presentó ante Jesús y lo puso a prueba con tres tentaciones.

a). La tentación primera: El diablo le dijo: Si Tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan (Lc 4,3). O` dia,boloj, el “diablo”, dice el Evangelio de San Mateo (4,1). Diábolos significa etimológicamente “arrojador”, en el sentido de acusador, calumniador o tentador. San Marcos en lugar de diablo pone Satana/j, “Satanás” (Mc 1,13), que significa lo mismo. El demonio lo invita a que se valga de su condición y de su poder divino para satisfacer el hambre. Es semejante a la tentación de gula de Israel en el desierto cuando murmuró contra Moisés y añoró las ollas de carne de Egipto y los hartazgos de la esclavitud (cf. Ex 16,13). Todo hombre está sometido a la misma insidia; a la tentación de identificar la bendición y la protección de Dios con el éxito material. ¡Cuántos piensan que Dios los abandona porque las cosas no salen como quisieran; o se quejan de que Dios ayuda a los malos cuando a estos les va mejor que a ellos! Estas personas, si Dios pusiese su divino poder a su disposición, lo usarían para solucionar sólo sus problemas terrenales: sus cosechas, su trabajo, su economía, sus riquezas, su hambre. A Dios lo usamos cuando lo invocamos sólo en la necesidad; sin acordarnos de Él en la hartura. Esta forma de pensar está detrás de aquel que –como diría san Ignacio– quiere “que allí venga Dios donde él quiere” en vez de ir él donde quiere Dios. Por eso responde: “Está escrito: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4). El pan es importante, pero no lo más importante. “Dios, primer servido”, decía Juana de Arco. Ya el domingo primero de Adviento leíamos a San Pablo que nos decía: “rechacemos las obras de las tinieblas, y revistámonos con las armas de la luz... vestíos de nuestro Señor Jesucristo”. En el segundo domingo vemos a San Juan Bautista en el desierto proclamando la penitencia y el llamamiento a la conversión; llamamiento al amor, a la vocación cristiana. Debemos ver el por qué de la conversión, es decir los obstáculos en este proyecto de nuestra vocación; y los obstáculos son nada menos que el pecado, que es la carencia de amor. La estancia en el desierto de Juan Bautista nos recuerda la de Nuestro Señor, allá tuvo aquellas tres tentaciones: La primera, la del pan: las cosas materiales, la concupiscencia de la carne, la ley del gusto. Si tenemos presentes los siete pecados capitales, aquí cabrían tres: la lujuria, la gula y la pereza. Ansias desordenadas que reflejan un vacío interior, necesidad de comida o de apetencia sexual desordenada por culpa de no tener un equilibrio interior, una interacción de los afectos, una armonía. Y la pereza, es lo mismo, para los antiguos era también tristeza, acedia. La tristeza que es también falta de entusiasmo, falta de alegría, falta de amor.

b). La segunda tentación: “Te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque ha sido puesta en mis manos y yo lo doy a quien quiero. Si tú te postras ante mí, todo será tuyo” (Lc 4,6-7). El demonio ofrece el poder y la gloria a cambio de adoración. En el desierto Israel pecó de idolatría haciéndose un becerro de oro y postrándose ante la hechura de sus manos. La indignación de Moisés, al bajar del Sinaí y ver la aberración de su pueblo, fue terrible (cf. Ex 32,19-20). La idolatría es también uno de los grandes pecados de nuestro tiempo. Los hombres piden lo que sólo Dios puede dar a seres que no son Dios: piden la felicidad, la gloria o el poder a las riquezas, a la fama, al aplauso de los hombres. La codicia es una idolatría, dice San Pablo (Col 3,5). Incluso lo piden al mismo diablo cuando sucumben ante la superstición, o se doblegan ante la morbosa atracción de la magia y del mismo culto a los demonios. Quien se inclina ante tales cosas, consciente o inconscientemente las diviniza en su corazón, porque sólo Dios puede hacer feliz el corazón del hombre. El espíritu crítico moderno purifica el concepto mágico del mundo y residuos supersticiosos hacia una fe más viva (Gaudium et spes 7, donde se habla del problema del ateísmo de hoy). Por eso, Jesús contesta: Está escrito: sólo al Señor tu Dios adorarás, y sólo ante Él te postrarás (Lc 4,8). El demonio lo hizo subir en un lugar alto, desde allí es más fácil caer en desear todo lo que se ve, en adorar el poder y la gloria: es la concupiscencia de los ojos, el tenerlo todo, el desear; esta especie de búsqueda desordenada de las cosas de la tierra. (También san Juan hablaba de las tres concupiscencias: la de la carne -ya vista-, la de los ojos –ésta- y la soberbia de la vida, que será la tercera). Y ante esta concupiscencia que serían los pecados de avaricia y de envidia, que es querer tener o desear el mundo, los bienes del otro, o tener tristeza por el bien del otro... es una cosa nefasta, porque la persona tiene una especie de congoja por

el que tiene el otro. Vive más pensando por el otro que por un mismo, tiene más presente al otro y no tiene la libertad de vivir la vida propia, vive sólo por el otro, por hacerle daño, por llorar sus bienes, o por tener más; es una cosa horrible. Esta es la concupiscencia de los ojos -el mundo- como dice San Juan en otra de sus listas de los 3 males: el mundo, el demonio y la carne son las obras del mal, hemos visto antes la carne, aquí es el mundo. Y delante de estas cosas negativas, igual como la oración era la solución por la carencia de interioridad, por la avaricia la solución es la caridad, es darse, darse a los demás. Las tres virtudes teologales están aquí reflejadas: la fe de la oración, la caridad de estimar, de darse, de tener detalles con los otros, de superar esta especie, pues, de falta de amor. El amor es la virtud teologal para responder a esta tentación.

c). La tercera tentación: “Si tú eres el Hijo de Dios, tírate, pues está escrito: a sus ángeles dará órdenes para que te custodien, y ellos te sostendrán con su mano para que tu pie no tropiece en una piedra” (Lc 4,9-11). Es la tentación de la falsa confianza en Dios. El demonio le propone que confíe en que Dios lo va a proteger si hace una locura. Esto no es confianza sino presunción. Es tentar a Dios. Hace suponer a quien lo comete que Dios está pendiente de sus locuras; que puede hacer cualquier estupidez porque Dios va a ir corriendo detrás suyo para protegerlo. Es el pecado de los que pecan y viven en pecado pensando que Dios les dará siempre la oportunidad de convertirse antes de morir. Esta falsa confianza tiene, sin embargo, una faceta de auténtica desconfianza. El que pone a prueba a Dios lo hace para ver si Dios realmente es capaz de venir en su auxilio. No implica seguridad de la protección divina, sino duda sobre ella. “No tentarás al Señor tu Dios”, le responde el Señor (Lc 4,12). Jesucristo con su respuesta y su actitud nos enseña el verdadero abandono en las manos de Dios Padre. Vivir en los caminos de Dios, según sus mandamientos, con la seguridad de su protección constante. Cada paso de la vida de Nuestro Señor es un camino abierto para que sigamos sus huellas. El ejemplo dado por Él en sus tentaciones nos recuerda que nuestra vida es lucha y combate. No se puede dejar de luchar: el que lo hace ha sido vencido. Debemos tomar conciencia de esta necesidad de vivir en guardia, pues el diablo, “como león rugiente anda rondando buscando a quien devorar”, dice san Pedro (1 Pe 5,8). Toda la vida del cristiano es lucha, aunque todavía no haya caído en la cuenta de ello: “Espadas angélicas y tridentes demoníacos chocan sin ruido en la calle Gurruchaga: se disputan el alma de Adán Buenosayres, un literato; porque, según la economía suprema, vale más el alma de un hombre que todo el universo visible. Pero Adán no lo sabe, y es bueno que no lo sepa todavía... ¡Ignora él que a su alrededor mil ojos atentos lo siguen, y que la batalla recrudece ahora en torno suyo, porque se acercan ya instantes definitivos! Adán no lo sabe, y es bueno que lo ignore todavía... Adán ignora que mil ojos invisibles están llorando por él en las alturas, y que los de la espada, en torno suyo, han comenzado a mirarse y sonreírse, como si desde la eternidad poseyeran un secreto inviolable...” .

**3. Lo ordinario, campo de lucha.** La tercera tentación, es la más demoníaca -se pueden explicar de muchas maneras, pero, así explicamos lo positivo y lo negativo de los obstáculos y de la manera de poderlos combatir, es cuánto le dice desde arriba del templo: “tírate desde aquí arriba”, es la tentación de hacer cosas extraordinarias: “vendrán los ángeles y te salvarán”. Si a la anterior tentación, el Señor dice: "Sólo a Dios adorarás", dice “no” a adorar las riquezas, la gloria, sino que serás generoso, tendrás caridad; aquí el Señor nos habla de vivir de esperanza, no desear aquí a la tierra cosas extraordinarias, no caer en esta trampa. - El orgullo sería el pecado capital que falta por considerar, junto con la ira. El orgullo, se debe vencer con la humildad, no queramos tener esta debilidad de creernos tan extraordinarios: nunca te creas más que los demás, y nunca te creas menos que los demás, sería un buen lema. Aquí tenemos para vencer la virtud de la Esperanza -la tercera de las virtudes teologales, que ahora consideramos-, por la pureza interior del yo, cuidarnos del yo, vivir el ayuno del yo. De hecho, los tres medios de salir de las tres tentaciones son la oración (para salir de la ley del gusto que encarcela), la limosna (para escapar de la esclavitud del poder y la gloria), y ahora el ayuno: serían las tres formas de combatir las tres formas del demonio. A través del ayuno del yo, de la esperanza de vivir de amor, se puede combatir esta concupiscencia que es la más terrible -la

soberbia de la vida-. Antes, hemos visto los peligros de la carne y del mundo, ahora tocaría el demonio, o dicho de otra manera la soberbia de la vida, que es querer ser Dios; el pecado del demonio es este, suplantar Dios; y para combatirlo se debe vivir con humildad, dejar que Dios sea Dios y nosotros, adorarlo.

Hemos repasado brevemente el obstáculo del pecado. No queramos vivir enganchados a las cosas, vamos a vivir esta plenitud. Los santos, nos recuerdan que nosotros estamos llamados a vivir de amor. Con estos medios, con la oración y los sacramentos, tenemos experiencias de Dios como tuvo Moisés cuando se acercaba a aquella zarza que quemaba sin consumirse, y oyó: "Descálzate, porque este lugar es santo". Queramos sentir esta presencia como San Pablo en el camino de Damasco, delante de la luz del Espíritu Santo, ante la fuerza que nos envía la Santísima Trinidad. Queramos sentirnos mirados por Dios, que nos apresta, que nos trae hacia Él, y dejarnos arrastrar por este Amor de Dios que nos va desplegando en una serie de virtudes. Pero, que todo salga de esta fe que se hace viva por la caridad. Fe viva, que es tan necesaria: la santidad personal, y fruto de esta interioridad, de esta oración, viene la alegría, viene dejarse traer por el amor de Dios; viene esta siembra de paz que necesita la sociedad. Por lo tanto, sí es verdad que hay obstáculos: el mundo, el demonio y la carne, - todo esto de qué hemos hablado- pero también hay los medios, que con buena voluntad nos ayudan en la lucha por la santidad..., que en resumen es dejar hacer a Dios dentro nuestro, y concretar la correspondencia, la lucha, el esfuerzo por ser mejores en las cosas pequeñas. Leemos a la carta de San Pablo a los Romanos (8, 14) que más que hacer cosas, debemos dejar que Dios haga en nosotros: El Espíritu Santo nos guía. Y como -dice J. Philippe- si no nos vemos capaces de hacer cosas grandes, vamos a responder a aquella inspiración del Espíritu Santo de decir una jaculatoria, un acto de amor, de decir... "aquí estoy, Señor!; te ofrezco una pequeña cosa"...; y entonces oiremos aquello del Evangelio: -"Sirviente bueno y fiel, puesto que has procurado ser fiel en lo pequeño, ahora te daré lo grande. Entra en el lugar de tu Señor." -Es decir: puesto que has procurado ser fiel en aquellas cosas pequeñas, aunque no te veías con corazón de hacer cosas grandes, ahora te concederé la fuerza para todas estas cosas grandes que antes no te atrevías: En las cosas personales, en el apostolado, en las virtudes, en las cosas que sean.... -Hablando de S. Josemaría, Pilar Urbano decía: -"Un santo, es un avaricioso que va llenándose de Dios a fuerza de vaciarse de si, un débil que se amuralla en Dios y en Él construye su fortaleza." -Decía, que no nos debemos sentir como perfeccionistas, en busca de hacer todo a la corrección, sino vulnerables, mostrarnos con esta riqueza que Dios nos ha dado... "Un hombre que todo lo toma de Dios, un ladrón que le roba a Dios hasta el amor con que poder amarle. El "quid", de la santidad, es una cuestión de confianza." -San Josemaría fue viviendo este dejarse querer por Dios, el abandono en Dios, dejar actuar a Dios... -"Lo que el hombre esté dispuesto a dejar que Dios haga en él. No es tanto el "yo hago", como "hágase en mí"". Por esto, le pedimos como la Virgen María: -"Que se haga en mí, Señor, según vuestra palabra."- "El santo ni ama, ni cree, ni espera a solas, él siempre cuenta con el otro" -Decía una vez Ratzinger, hablando de San Josemaría: no hizo grandes cosas extraordinarias, fuera del día a día; todo lo que hizo fueron cosas que son portentosas, pero sí lo más importante que es dejar actuar a Dios; no está sólo Dios en el principio, en la creación, el Big-Bang, sino que está en el día a día; y el santo es quien lo ve: "El santo incluso cuánto cae, cae en manos de Dios". Se siente siempre en manos de Dios. Y volviendo a la Urbano, acaba diciendo: "Por eso el santo confía -se pierde en Dios-; pero hay que decir que antes, Dios se ha fiado de él". Pedimos a la Virgen María de dejar hacer adentro nuestro. -"Hágase en mí según vuestra palabra."- Dónde el Espíritu Santo nos traiga hacia dónde Dios quiera, siempre habrá nuevos objetivos, siempre habrán nuevas cimas. - "Para un alma entregada, todo se convierte en cima, cada día descubre nuevas metas, porque ni sabe, ni quiere poner límites a Dios".

El pecado venial es también pecado, no un simple desperfecto, es ofensa a Dios. Desobediencias en cosas pequeñas, distracciones consentidas en los rezos, palabras hirientes, pérdidas de tiempo. Además de la ofensa, el pecado venial deliberado nos debilita, nos dispone a traiciones más

grandes. Es la gota que resquebraja la roca, es la grieta que enfría el alma. Su peligro está en que se nota menos. Quizás ante la fiera huimos, pero ante el microbio. ¡Examen! Cada noche en el examen de conciencia ir limpiando. En la confesión se va dando esa disposición clara, habitual y actual de evitar el pecado. Así crece el amor. En este sentido, peor aún que el pecado es la tibieza, que es pactar con el pecado.

Las tentaciones no nos tienen que preocupar, de hecho en el Padrenuestro no pedimos no tenerlas, sino no caer en ellas. Son parte de la santidad, de la fidelidad, del amor verdadero. Las tentaciones en sí mismas son accidentales. Lo externo no importa. Adán pecó en el Paraíso y Lot fue fiel a Dios en la ciudad corrompida. Tranquilos porque nunca seremos tentados por encima de nuestras fuerzas. A más dificultades más gracia de Dios. Y más mérito.

La raíz última de todo pecado es la soberbia, el amor incondicionado de sí mismo. Se tuerce la voluntad: En lugar de buscar la gloria de Dios, la gloria de mí. Preferirnos a nosotros mismos antes que a Dios. La soberbia nos lleva a exigir un trato especial porque se cree distinto, afirmar dogmáticamente en las conversaciones, intervenciones irónicas que dejan mal a otro, querer decir la última palabra. Tenemos que descubrir las manifestaciones de esa "víbora" con la que tenemos que convivir. *A veces vienen* lágrimas a los ojos... los hombres también lloran. Decía Teresa de Jesús que son lágrimas que provienen "de un sentimiento de inefable ternura para con Dios", o "del martirio interior que padece el alma al ver a Dios tan ofendido".

Hemos visto la gravedad del pecado: *Pecado mortal y pecado venial; su respectiva malicia*: «aversio Deo e conversio ad creaturas» (cf. Camino 386). La vergüenza y pérdida de la inocencia, que lleva a esconderse. Recuerdo haber leído de una bailarina que viajaba en barco por un lago, escuchó que en un grupo de personas se hablaba de la confesión como de una "válvula de escape": cuando está llena de vapor la caldera sale por ahí el sobrante y la caldera no estalla, ella pensaba suicidarse y se confiesa, recupera el juicio psicológico y adquiere la alegría para vivir. El pecado es algo contra Dios: «contra tí solo he pecado, e hice lo que es malo a tus ojos» (Ps 50). Todos tenemos pecados, como decía aquel francés: «No sé como será el corazón de un criminal pero me asomé al corazón de un hombre de bien y me asusté». Pero para ver esto vamos a meternos un poco más en este misterio del pecado...